

EL BARCO DE VAPOR



Sally Grindley

Cacao en crudo



sm

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Patrycja Jurkowska
Traducción del inglés: Yolanda Porter
Ilustración de cubierta: Eduardo Ortiz

Título original: *Bitter Chocolate*

© del texto: Sally Grindley, 2012
© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

–¿ALGUNA vez has matado a alguien?

La pregunta atravesó como una bala la tensa oscuridad de la noche y golpeó a Pascal fuertemente en el pecho. Pensaba que Kojo estaba dormido. Hacía apenas un momento, se había sorprendido ante la quietud que mostraba su amigo. Ahora, esas seis palabras habían hecho añicos el silencio.

–Pascal, ¿me has oído? ¿Alguna vez has matado a alguien?

–¿Y a ti qué más te da?

–Era solo por saberlo. Me preguntaba qué se siente...

–A lo mejor es que no quiero hablar de ello.

Pascal se giró y le dio la espalda a Kojo.

Notaba el duro camastro de madera bajo el hombro. La rugosa cicatriz de una vieja herida de cuchillo le rozaba contra las tablas y se la tapó con la mano para que no le molestara.

–A veces hablas en sueños –insistió Kojo.

–Y tú te tiras pedos cuando estás dormido –rebatía Pascal–. Como una metralleta: ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta...

En lugar de replicar, su amigo se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la ventana con barrotes. Pascal estaba acostumbrado a las conversaciones nocturnas y a lo inquieto que era Kojo, pero nada le había preparado para lo de aquella noche. Y debería haber estado preparado. Se trataba de una pregunta de lo más sencilla, siempre y cuando no estuvieras emocionalmente involucrado en la respuesta.

Ninguno de ellos dormía bien, no importaba lo duro que hubieran trabajado durante el día ni las largas horas que hubieran pasado bajo el sol hirviente. De hecho, ninguno de los otros diez chicos con los que compartían la decrepita letrina conseguía conciliar el sueño. La estancia que les hacía de hogar era calurosa, mugrienta y no tenía ventilación. Y a medianoche... había muchos fantasmas al acecho, preparados para tenderles una emboscada en cuanto bajaran la guardia.

—A veces me imagino que volveré a ver pronto a mi madre —dijo Kojo en voz baja—. Me imagino que voy andando por un camino y que mamá aparece delante de mí. O que se presenta en la plantación y me dice que ya es hora de que vuelva a casa porque se me enfría la comida. ¿Tú piensas en cosas así?

Pascal permaneció callado. Esta vez, su amigo no esperaba una respuesta, y mucho menos una que le obligara a dejar de soñar despierto.

–No sé qué haría si volviera a verla. Al principio, no me creería que fuera ella de verdad, y luego me entrarían ganas de abrazarla. Pero en vez de eso, seguro que me desmayaría de la impresión.

–Eres como una niña –se burló Pascal–. Sí, lo más probable es que te desmayaras, y entonces tu pobre madre lloraría por ti pensando que te habías muerto del susto.

–Si tan solo pudiera averiguar que está bien... –empezó Kojo–. Y también mi hermano y papá. No dejo de pensar que a lo mejor mi padre ha conseguido un trabajo nuevo y yo ya puedo volver a casa. Pero la última vez que lo vi, no se encontraba demasiado bien...

El silencio llenó de nuevo la estancia.

Pascal cerró los ojos e intentó evocar a su madre, pero no la última vez que la vio viva, sino mucho tiempo atrás, cuando todavía lucía una expresión feliz y despreocupada. Su rostro languidecía entre sombras tenebrosas y, como tantas otras veces, no conseguía recordarlo. Después, rebuscó en su memoria a su padre y a su hermana mayor, Angeline. Las imágenes flotaban hacia él sin terminar de enfocarse completamente, y justo cuando empezaba a distinguir los detalles de sus caras, un destello de luz y una explosión ensordecedora los arrastraron fuera de su alcance.

Segundos más tarde, Angeline volvía a aparecer, le hacía un gesto para que la siguiera, y desaparecía de nuevo.

–Si ganara dinero a raudales, se lo mandaría todo a mi familia para que pudieran comprarse cosas otra vez y así yo podría volver a casa. Sí, eso es lo que haría, y nadie podría impedírmelo –dijo Kojo.

–¿Cómo vas a ganar dinero a raudales si la mayoría de las veces ni se molestan en pagarnos?

–No pienso quedarme aquí para siempre. Algún día seré médico, y entonces me pagarán como es debido.

–Sí, claro, y yo me voy a construir un avión que me lleve de vuelta a casa volando, no te digo... ¿Cómo vas a ser médico si ni siquiera vas a la escuela?

–Voy a volver a la escuela. Algún día. Cuando me escape de aquí.

–Si intentas escaparte, te darán una paliza.

–No podrán cogerme. Seré más rápido que ellos.

–¡Ja! Un caracol correría más rápido que tú.

–¿Por qué siempre tienes que pisotear mis sueños?

Pascal sintió una punzada de culpabilidad. ¿Por qué no podía dejar que su amigo siguiera viviendo en las nubes? ¿Qué ganaba él quitándole la ilusión?

–Porque los sueños hacen que la realidad parezca todavía peor, por eso –dijo finalmente.

–No se puede vivir sin sueños –afirmó Kojo.

–Yo sí que puedo –suspiró Pascal.

–No te creo.

–Cree lo que quieras.

–Seguro que en el fondo tienes tantas esperanzas como yo.

–Te diré de qué tengo esperanzas: espero que seas capaz de callarte cinco minutos para que pueda dormir un poco –dijo Pascal con brusquedad.

–No veo por qué tendría que hacerlo si luego soy yo el que no pega ojo en toda la noche por tu culpa –respondió Kojo malhumorado.

Pascal refunfuñó entre dientes. Estaba a punto de descargar todo su enfado sobre su amigo.

–Sabes que no puedo evitar hablar en sueños –susurró–. Tú hablas cuando estás despierto y sí que puedes evitarlo, pero no lo haces porque eres un egoísta asqueroso, y siempre que intento dormir tú sigues bla, bla, bla y bla, bla, bla. Ahora cállate de una vez y déjame dormir.

Hubo un largo silencio, interrumpido únicamente por el ruido de los pies de Kojo mientras se arrastraba de vuelta a la cama.

Y entonces, justo cuando Pascal cerraba los ojos y se disponía a relajarse...

–Ya verás –musitó Kojo–. Si realmente encuentro una forma de salir de aquí, no voy a dejar que vengas conmigo. ¡Ni en broma!

PASCAL estaba sentado en el asiento delantero de un coche abandonado en las afueras de su pueblo.

–Entonces, ¿adónde vamos, conductor? –preguntó Olivier.

Pascal se paró a pensar un instante.

–Kissidougou –dijo al fin.

–Eso, Kissidougou –gritó Bobo desde el asiento de atrás.

–No, yo quiero ir a Conakry –discutió Kamil, inclinándose hacia delante por encima del hombro de su primo.

–De ninguna manera –zanjó Pascal–. Eso está muy lejos.

–¿Vas a pagar tú la gasolina, Kamil? –se burló Olivier.

–Venga, ¡vamos allá! –dijo Bobo.

–Kissidougou es muy aburrido –refunfuñó Kamil.

Pascal hizo el gesto de girar la llave en el contacto y los cuatro chicos empezaron a hacer el ruido del motor y a pegar botes en sus asientos. Cuando el conductor se inclinaba hacia la derecha o hacia la izquierda, los demás pasajeros seguían su ejemplo.

–¡Cuidado, que viene un bache! –anunció Pascal.

Todos se agarraron a los marcos oxidados de las puertas y, a la de tres, dieron un salto en el aire y aterrizaron gritando: «¡Halaaaaa!».

–Este sí que era gordo –se rio Olivier.

–Venga, ahora me toca conducir a mí –dijo Kamil.

–Pero si acabamos de salir –protestó Pascal–. Solo he sido el conductor durante dos segundos.

–Pues conduces como una tortuga –se burló su primo–. Así que vete para atrás.

Kamil ya se había levantado de su asiento y estaba de pie junto a Pascal tirándole de la camiseta para que saliera del coche.

Pero Pascal no quería moverse. Le gustaba ser el que decidía si había baches en la carretera, o vacas a las que esquivar, o gallinas a las que perseguir.

–Vamos, ¡muévete! –insistió Kamil.

Pascal lo miró enfadado, pero se deslizó fuera del asiento para dejarle coger el volante y se quedó de pie al lado del coche.

–Agarraos, chicos –gritó Kamil–. Partimos hacia Conakry y no tenemos ni un minuto que perder.

–Súbete, Pascal. No querrás ir a pie, ¿verdad? –se rio Olivier.

–Creo que está de mal humor –saltó Bobo.

–No estoy de mal humor –replicó Pascal.

–¡Pues vamos allá! –gritó Kamil–. Voy pisando el pedal del acelerador a fondo.

Los tres chicos empezaron a imitar el ruido del motor otra vez, el doble de fuerte que antes, y saltaban con tanto ímpetu que el coche no paraba de zarrandearse sobre sus ejes sin ruedas.

–Adiós, Pascal –Olivier sonrió y se despidió con la mano.

–No me echéis la culpa a mí si os quedáis sin gasolina –dijo Pascal, y dejó escapar un suspiro antes de marcharse.

Esperaba que sus primos le rogaran que volviera a ser el conductor otra vez. Pero no lo hicieron. En lugar de eso, continuaron jugando solos como si no les importara que él ya no estuviera allí.

–¡Pues ellos se lo pierden! –dijo en voz alta, y le dio un puntapié a una piedra que había en el camino.

De repente, toda la diversión se había esfumado.

Pascal había empezado el día en la escuela, y la verdad es que le gustaba mucho, siempre que no le preguntaran la lección delante de todo el mundo. Cuando las clases se hacían interminables, le encantaba sentarse detrás, en un rincón solitario, y contemplar los campos por la ventana. La mayoría de las veces, durante la clase de inglés. No le veía sentido a esta asignatura, y además le costaba muchísimo. Seguro que podía apañárselas perfectamente con un solo idioma, y no era muy probable que llegara a conocer a un inglés. O a un estadounidense. O a un

australiano. Y de ser así, jamás hablaría con ellos. Ya era bastante embarazoso en clase, cuando su profesor le pedía que dijera una palabra en inglés en voz alta. Las risitas siempre se intensificaban cuando llegaba el turno de Pascal. No obstante, sus padres insistían en que era importante aprender esta lengua, ya que le ayudaría a conseguir un buen trabajo. Ellos mismos no sabían hablar en inglés, fuera de *hello* y *please*, pero el mundo cambiaba deprisa y dominar este idioma era algo clave para triunfar.

Ese día, Pascal no había tenido inglés. En cambio, había disfrutado de dos de sus clases preferidas, matemáticas y ciencias, además de hacer manualidades y ayudar en el jardín de la escuela. Si alguien le preguntaba alguna vez qué quería ser de mayor, siempre respondía que soñaba con poder utilizar sus manos, quizás como constructor, o incluso como ingeniero, aunque no entendía muy bien lo que hacían los ingenieros. Sabía que jamás trabajaría en una oficina o de profesor, y no soportaba la idea de ganarse la vida en las minas de diamantes como hacía su padre, incluso aunque tuviera el puesto del capataz y Pascal estuviera orgulloso de él.

Después del colegio, él y sus primos jugaron al fútbol con un grupo de amigos en el campo que habían improvisado detrás del edificio de la escuela. Pascal no era precisamente un as del balón, pero su padre le había comprado una camiseta del Barcelona

hacía dos años y, aunque le estaba pequeña, todavía se la ponía. La llevaba puesta aquel día y, como siempre, tenía la esperanza de que se le pegara algo de la genialidad de su delantero, y que todo el mundo lo quisiera en su equipo, en lugar de dejarlo de lado. Por una vez, la cosa funcionó. La pelota lo alcanzó por casualidad y no se despegó de sus pies mientras regateaba sobre un terreno lleno de baches, antes de salir volando de un puntapié e ir a parar justo entre los dos palos que marcaban la portería.

–¿Cómo lo has hecho? –exclamó Kamil.

–¡Menudo golazo! –vitoreó Bobo.

–Oye, enano, ¿quién te ha enseñado a hacer eso?
–gritó Olivier.

Pascal no sabía cómo explicarlo y le hubiera gustado revivir cada minuto del gol a cámara lenta. Esa sensación de triunfo le acompañó durante todo el camino por el pueblo: mientras pasaba por delante de la tienda del señor Bon, que reparaba bicicletas; mientras dejaba atrás el taxi colectivo; mientras se cruzaba con su tía, que le estaba trenzando el pelo a la hermana de Olivier; y también en el trayecto desde el mercado vacío hasta donde las tiendas daban paso a grupos de casas dispersas, llenas de tendederos y gallinas picoteando en los alrededores. A estas alturas, la calle era poco más que una senda de tierra que se bifurcaba en dos hileras de hogares.

Cuando Pascal rodeó la valla de bambú que separaba su casa del camino, vio a su madre en la puerta de la entrada con la pequeña Bijou en brazos. En el patio lateral, su hermana mayor, Angeline, machacaba arroz en un mortero.

–Pascal, hijo mío, ¿qué tal ha ido el día? –gritó su madre.

–He marcado un golazo jugando al fútbol –respondió el niño–. ¡Tendrías que haberlo visto, *maman!* Corría y corría, y nadie podía atraparme. He chutado muy fuerte y la pelota entró justo entre los postes.

–Y yo que pensaba que no te gustaba el fútbol –dijo su madre con una sonrisa–. ¿Y qué tal en la escuela? ¿Cómo llevas las clases?

–Bien, ha sido un buen día, *maman* –dijo Pascal.

Y entonces cogió a Bijou y dejó que su hermana pequeña le tirara del pelo.

–¡Ay, ay, ay! –chilló entre risas, antes de hacerle cosquillas y carantoñas.

–Me gusta verte tan feliz, hermanito –gritó Angeline.

–Ojalá *papa* hubiera estado allí para verme marcar el gol –respondió Pascal–. Ojalá no tuviera que irse siempre a trabajar tan lejos...

PASCAL sabía muy poco sobre los enfrentamientos que tenían lugar en Sierra Leona y Liberia. Había oído hablar de ello a sus padres y a algunos vecinos, y de vez en cuando lo mencionaban también en la radio. Cientos de refugiados de estos países atravesaban la frontera y venían a Guinea, a los campamentos que habían instalado no muy lejos de su pueblo. ¿Cómo sería vivir en un país en guerra? Pascal se preguntó si preferiría quedarse en su tierra o huir al extranjero, donde no conocería a nadie y donde la gente podría hablar un idioma diferente e incluso alimentarse de comida diferente. Probablemente se quedaría en su hogar, y la experiencia podría ser bastante emocionante, siempre que se mantuviera al margen de los enfrentamientos.

El conflicto de los países vecinos parecía estar muy lejos de su vida en el pueblo, donde todo el mundo tenía amistad o estaba emparentado con los demás. No obstante, sus padres se quejaban a menudo de que un número tan elevado de refugiados le estaba costando mucho dinero a Guinea.

–Apenas podemos alimentar a nuestra propia gente –afirmó su padre–. ¿Cómo vamos a mantener a todos los demás?

–Pero no pueden volver, ¿verdad, *papa*? –dijo Pascal–. Si vuelven, los podrían matar...

–No, supongo que no pueden volver, hijo. Y a nosotros solo nos queda esperar a que se resuelva esta situación, y pronto. Entonces no habrá excusas.

–Vivir en un campo de refugiados no debe ser nada divertido –respondió Angeline–. No creo que vayan a poner excusas para quedarse. Querrán volver a casa.

–A no ser que los enfrentamientos continúen durante mucho tiempo y no tengan un lugar al que regresar –observó su padre.

A Pascal le alegraba saber que en su país reinaba la paz, incluso aunque sus primos y amigos jugaran a pegarse tiros de vez en cuando. A menudo corrían como locos por los bosques de los alrededores, dando alaridos y gritando a todo pulmón, mientras se amenazaban con atizarse los unos a los otros y fingían estar muertos o malheridos. Pascal no estaba del todo convencido de que le gustara el puro desenfreno de todo esto, así que procuraba quedarse al margen sin que se dieran cuenta, pero participando lo justo para que nadie, especialmente Kamil, pudiera acusarlo de ser un cobarde. A veces se sentía muy vulnerable, sobre todo cuando se escondía detrás

de un árbol, solo y con el corazón en un puño, convencido de que alguien se le acercaría sigilosamente... pero sin saber cuándo ni por dónde. La selva también le jugaba malas pasadas: ramas que se movían o crujían de repente, arbustos que temblaban, pequeños animales que salían como flechas de la maleza y le rozaban los pies, monos que lanzaban palos desde las copas de los árboles...

Cuando ya no les apetecía seguir jugando, los chicos se iban a casa, todavía algo inquietos y alborotados, mientras que Pascal estaba ansioso por sumergirse en la relativa tranquilidad de su familia y los quehaceres domésticos. Era feliz dando de comer a las gallinas, recogiendo los huevos o meciendo a la pequeña Bijou en su regazo, mientras su madre y Angeline preparaban la cena.

–Ay, estos chicos... –suspiró la señora Camara con una sonrisa–. Todo el pueblo se ha enterado del follón que habéis armado. Creo que os han oído desde Costa de Marfil.

–Me sorprende que los monos no se hayan mudado a otra parte. Seguro que ya están haciendo las maletas... –comentó Angeline más de una vez.

–Es divertido –insistió Pascal.

Lejos del campo de batalla, podría llegar a convenirse de ello, y siempre se quejaba cuando su madre sugería que su hijo no estaba hecho para las peleas porque era muy sensible y un poco solitario.

–A ver si espabila y aprende de sus primos –había dicho su padre una vez.

–¿Y por qué tendría que parecerse a sus primos? –le discutió su madre–. A ese Kamil no le vendría mal un poco de la dulzura que tiene Pascal.

–Solo digo que no llegará a nada en la vida si no sabe defenderse por sí mismo –respondió su padre.

–Sí que me defiende, *papa*, pero solo cuando tengo que hacerlo –protestó Pascal–. Lo que pasa es que no armo tanto alboroto ni soy tan mandón como Kamil.

–Kamil llegará lejos –afirmó el señor Camara.

–¿Y por qué crees eso, *papa*? Nunca va a la escuela, y cuando lo hace, no para de decir tonterías. Además, su inglés es mucho peor que el mío.

–Pero se comporta como un líder. La gente lo seguirá.

–No si es un ignorante. O, al menos, no por mucho tiempo –respondió su madre–. Y de todas formas, Kamil tiene dos años más que Pascal. ¿Por qué esperas que nuestro hijo tenga tanta confianza en sí mismo con solo diez años? Hazme caso, le irá bien si lo dejas en paz. Todos los niños son distintos, y Pascal lidiará con las cosas a su manera.

–Supongo que tienes razón –musitó su marido encogiéndose de hombros, mientras su esposa se apresuraba a salir entre el estrépito de las sartenes que llevaba en las manos.

El señor Camara miró sonriendo a Pascal.

–Hijo, ya comprobarás que las mujeres son así –añadió–. Siempre tienen razón. Y tú tienes que dejar que se lo crean.

–Pero es que *maman* tiene razón –recalcó Pascal–. Sé cuidar de mí mismo.